

Agatha Christie®

EL TRUCO DE LOS ESPEJOS



Un **JUEGO** de apariencias,
un nuevo **DESAFÍO**
para **MISS MARPLE**

booket

Agatha Christie

El truco de los espejos

Traducción: C. Peraire del Molino



Capítulo 1

Tras alejarse unos pasos del espejo, Mistress Van Rydock exhaló un suspiro.

—Bueno, tendrá que ser este —murmuró—. ¿Te parece bien, Jane?

Miss Marple admiraba complaciente la creación de Lanvanelli.

—Es un vestido muy bonito —dijo.

—Sí, está bien —repuso Mistress Van Rydock, volviendo a suspirar—. Quítamelo, Stephanie.

La anciana doncella de cabellos grises y boca menuda deslizó con cuidado el vestido sobre los brazos y la cabeza de Mistress Van Rydock.

Esta se miró al espejo. Iba exquisitamente encorse-tada, y sus piernas, todavía bien conservadas, lucían finas medias de nailon. Su rostro, bajo la capa de cosméticos y debido a los constantes masajes, parecía casi infantil visto desde una prudente distancia. Sus cabellos grises con reflejos azules estaban peinados con esmero. Al contemplar a Mistress Van Rydock resultaba

imposible imaginar cuál sería su aspecto original. Era el resultado de todo lo que el dinero puede lograr... reforzado por régimen, masajes y constantes ejercicios.

Ruth Van Rydock miró divertida a su amiga.

—¿Crees que la gente podría adivinar que tú y yo somos casi de la misma edad, Jane?

Miss Marple fue sincera al responder:

—Claro que no. Estoy segura. ¡Me temo que yo aparento exactamente mi edad!

Miss Marple tenía un rostro suave y rosado surcado de arrugas, cabellos blancos y unos ojos inocentes color azul porcelana. Daba la impresión de ser una dulce anciana. En cambio, nadie hubiera calificado de dulce a Mistress Van Rydock.

—Me figuro que sí, Jane —dijo Ruth Van Rydock sonriendo—. Y yo también, solo que de otra manera. «Es increíble cómo conserva su figura esa vieja bruja», dicen de mí. ¡Pero me llaman vieja bruja! Y, Dios mío, ¡me siento así! Te lo aseguro.

Se dejó caer pesadamente sobre una butaca tapizada de raso.

—Está bien, Stephanie. Puedes marcharte.

La doncella recogió el vestido y salió de la habitación.

—La vieja y buena Stephanie... —dijo Ruth Van Rydock—. Lleva conmigo más de treinta años. Es la única mujer que sabe cómo soy en realidad. Jane, quiero hablar contigo.

Miss Marple se inclinó hacia delante. Su figura re-

sultaba fuera de lugar en el marco de aquellas habitaciones de un hotel de lujo. Vestía de negro, con cierto desaliño, llevaba un gran bolso, que parecía un maletín de mano, y daba la impresión de ser toda una señora.

—Estoy preocupada por Carrie Louise, Jane.

—¿Carrie Louise? —Miss Marple repitió el nombre pensativa, pues le traía a la memoria lejanos recuerdos.

Un internado de Florencia. Se vio a sí misma, la rubia muchachita inglesa, y las dos Martin, estadounidenses, que tanto la asombraban por su curiosa manera de expresarse, sus modales resueltos y su vitalidad. Ruth, alta, intrépida, dominando el mundo; Carrie Louise, menuda, poquita cosa, reposada.

—¿Cuándo la viste por última vez, Jane?

—¡Oh! Hace muchos años. Veintiocho, por lo menos. Aunque seguimos felicitándonos las Pascuas.

¡Qué extraña es la amistad! Ella, la joven Jane Marple, y las dos norteamericanas. Sus vidas tomaron rumbos distintos casi enseguida, y no obstante persistió su antiguo afecto; alguna que otra carta, felicitaciones por Navidad. Era extraño que Ruth, cuya casa —o, mejor dicho, casas— estaba en Estados Unidos, hubiera sido a la que viera más a menudo de las dos hermanas. No, tal vez no fuese extraño. Como la mayoría de las estadounidenses de su posición, Ruth fue siempre muy cosmopolita, cada uno o dos años visitaba Europa, ya fuera Londres, París o la Riviera, y de regreso siempre encontraba un momento para dedicarlo a sus antiguas

amistades. Hubo muchos encuentros como el de ahora. En el Savoy, el Claridge's, el Berkeley o el Dorchester. Una comida íntima, llena de afectuosos recuerdos, y un adiós cariñoso y apresurado. Ruth nunca tuvo tiempo para ir a St. Mary Mead, y Miss Marple ni siquiera lo había esperado. Todas las visitas tienen su *tempo*. El de Ruth era *presto*, mientras que Miss Marple tenía que conformarse con el *adagio*.

Por eso era a Ruth a la que veía con más frecuencia, mientras que a Carrie Louise, aunque vivía en Inglaterra, llevaba veinte años sin verla. Extraño, pero en cierto modo natural, porque cuando se vive en el mismo país no es necesario disponer de antemano un encuentro con los viejos amigos. Se supone que más pronto o más tarde uno se tropezará con ellos. Solo que esto no ocurre cuando se vive en esferas distintas, y los caminos de Jane Marple y Carrie Louise no se habían vuelto a cruzar.

—¿Por qué te preocupa Carrie Louise, Ruth? —quiso saber Miss Marple.

—¡Pues eso es precisamente lo que más me preocupa, que no sé nada!

—¿No estará enferma?

—Está muy delicada, como siempre... No digo que esté peor que de costumbre... considerando que más o menos está como nosotras.

—¿Es desgraciada?

—¡Oh, no!

No, no; eso no sería posible, pensó Miss Marple. Era difícil imaginar a Carrie Louise desgraciada... y,

sin embargo, hubo algunas temporadas en su vida que debió de serlo. Solo que... la imagen no era muy clara. Aturdimiento..., sí; incredulidad..., también, pero un dolor profundo..., eso no.

Mistress Van Rydock seguía hablando.

—Carrie Louise siempre ha vivido fuera de este mundo. No sabe cómo es. Tal vez sea esto lo que me tiene preocupada.

—Las circunstancias... —comenzó a decir Miss Marple, pero se detuvo meneando la cabeza—. No.

—No, sigue siendo la misma —repuso Ruth Van Rydock—. Carrie Louise siempre fue la única de las dos que tuvo ideales. Claro que es natural tener ideales cuando se es joven... Todas los tuvimos, es propio de la juventud. Tú querías dedicarte a cuidar leprosos, Jane, y yo iba a meterme a monja. Esas cosas se olvidan luego. El matrimonio, me figuro, nos las quita de la cabeza. Sin embargo, no me ha ido tan mal.

Miss Marple pensó que se expresaba con sinceridad. Ruth estuvo casada tres veces, todas con hombres muy ricos, y los divorcios posteriores habían engrosado su cuenta corriente sin amargar su carácter.

—Claro que siempre he sido muy entera —dijo—. Nunca me he dejado abatir por las circunstancias. Nunca esperé demasiado de la vida, y mucho menos de los hombres... y me ha ido muy bien... Así que no les guardo rencor. Tommy y yo seguimos siendo excelentes amigos, y Julius a menudo me pide opinión sobre las operaciones de bolsa. —Su rostro se ensombreció—. Creo que es eso lo que me preocupa de Carrie Louise...

Siempre ha tenido tendencia, ya sabes, a casarse con maniáticos.

—¿Maniáticos?

—Sí, hombres idealistas. Carrie Louise se sentía atraída por los ideales. Ahí la tienes, bonita como una rosa, solo con diecisiete años, escuchando, con los ojos como platos, las explicaciones del viejo Gulbrandsen sobre sus planes para mejorar la raza humana. Tenía cincuenta años, y se casó con él; con un viudo que ya tenía hijos mayores... y todo a causa de sus ideas filantrópicas. Solía escucharle embobada. Como Desdémona y Otelo. Aunque, por fortuna, no hubo ningún Yago que enredara las cosas..., y, de todas formas, Gulbrandsen no era moro, sino sueco o noruego.

Miss Marple asentía pensativa. Gulbrandsen había tenido renombre internacional. Un hombre que, con su capacidad para los negocios y su honradez, había amasado una fortuna tan colosal que realmente la única solución fue emplearla en ayudar a la humanidad. Aquel nombre todavía tenía resonancia. El Trust Gulbrandsen, la Sociedad de Investigaciones Gulbrandsen, los asilos Gulbrandsen y lo más conocido: el Gran Colegio para Hijos de Obreros.

—No se casó con él por su dinero, ya lo sabes —decía Ruth—. Yo sí que lo hubiera hecho, pero no Carrie Louise. No sé lo que habría ocurrido si él no hubiera muerto cuando Carrie tenía treinta y dos años. Es una edad muy buena para una viuda. Se tiene experiencia, y aún se sigue resultando aceptable.

La solterona la escuchaba, asintiendo amablemente.

te, mientras traía a su memoria las viudas que había conocido en el apacible y sosegado pueblecito de St. Mary Mead.

—Me alegré mucho cuando se casó con Johnnie Restarick. Creo que él se casó con Carrie Louise por su dinero... y, si no fue exactamente así, la verdad es que no se hubiera casado con ella de no tenerlo. Johnnie era egoísta, amante del placer y holgazán, pero incluso esto es mucho mejor que ser un maniático idealista. Todo lo que quería era vivir bien. Llevar a Carrie Louise a las mejores modistas, tener yates y automóviles y que se divirtiera a su lado. Esa clase de hombres son una apuesta segura. Dales comodidades y lujos, y estarán sumisos como gatitos y serán encantadores. Yo nunca me tomé muy en serio sus maquetas para escenarios y sus dibujos para decorados teatrales, pero Carrie Louise estaba emocionada... y creía que aquello era Arte con A mayúscula, y la verdad es que le obligó a no abandonar tales actividades, y entonces fue cuando lo engatusó aquella horrible yugoslava con la que se fugó. Si Carrie hubiera esperado y sido un poco comprensiva, él habría vuelto a su lado.

—¿Le afectó mucho? —preguntó Miss Marple.

—Eso es lo más curioso. No creo que le importase gran cosa. Se mantuvo impávida, como debe ser. Ella es tan dulce... Se mostró dispuesta a divorciarse para que él pudiera casarse con aquella mujer, y se ofreció a acoger en su casa a los dos hijos del primer matrimonio de su esposo. Y el pobre Johnnie... tuvo que casarse con la yugoslava, que le dio unos seis meses terri-

bles y le hizo despeñarse en su automóvil por un precipicio en un arranque de desesperación. Dijeron que fue un accidente.

Mistress Van Rydock hizo una pausa y, tomando un espejo de mano, se escudriñó el rostro. Cogió unas pinzas para arrancarse un pelo de la ceja.

—Y luego se le ocurre casarse con el tal Lewis Serrocold. ¡Otro maniático! ¡Otro idealista! Oh, yo no digo que no la quiera..., creo que sí, pero tiene la misma monomanía de querer mejorar la vida de todo el mundo.

—Quisiera saber... —dijo Miss Marple.

—Solo que, naturalmente, hay una moda para esas cosas, lo mismo que para los vestidos. Querida, ¿has visto lo que Christian Dior quiere que llevemos como faldas? ¿Dónde estaba? Ah, sí; hay una moda. Pues bien, también hay moda para la filantropía. En tiempos de Gulbrandsen fue la educación, pero ahora ya pasó a la historia. De eso se encarga el Estado. Todo el mundo espera recibirla como si fuera un derecho... y no se preocupa mucho de ella cuando ya la tiene. La delincuencia juvenil es lo que se lleva ahora. Esos jóvenes criminales y asesinos en potencia. Todo el mundo se interesa por ellos. Si vieras los ojos de Lewis Serrocold brillando a través de sus gruesas gafas... ¡Está loco de entusiasmo! Es uno de esos hombres de voluntad extraordinaria a quienes les gustaría vivir comiendo un plátano y una tostada, y poner todas sus energías al servicio de una causa. Y Carrie Louise se entusiasmó..., como siempre. Pero no me gusta, Jane. Se reunieron

todos los simpatizantes y han convertido la casa en un establecimiento para reformar a esos jóvenes delincuentes, con psiquiatras, psicólogos y todo eso. Y allí están Lewis y Carrie Louise viviendo rodeados de esos muchachos... que tal vez no sean del todo normales. Y la casa llena de médicos, analistas y entusiastas, la mitad de ellos completamente locos. Y mi pobre Carrie Louise en medio de todo eso.

Se detuvo y miró a Miss Marple, esperando su comentario, pero esta se limitó a manifestar:

—Todavía no me has dicho qué es lo que temes en realidad.

—¡Ya te he dicho que no lo sé! Y eso es lo que me preocupa. Acabo de venir de allí..., les hice una visita muy corta, pero me di cuenta de que algo va mal. Lo noté en el ambiente, en la casa... Sé que no me equivoco. Soy muy sensible para estas cosas, siempre lo he sido. ¿Te he dicho alguna vez que hice que Julius vendiera sus acciones de Cereales Amalgamados antes de que se hundieran? ¿Y no tuve razón? Sí, allí ocurre algo raro. No te puedo decir el qué. Lewis está viviendo para sus ideales sin darse cuenta de nada más, y Carrie Louise, Dios la bendiga, sin ver ni oír otra cosa, ni pensar en nada que no sea un paisaje, un sonido o una idea encantadora. Es muy dulce, pero carece de sentido práctico. Allí ocurre algo... y quiero que tú, Jane, vayas y averigües de qué se trata.

—¡¿Yo?! —exclamó Miss Marple—. ¿Por qué precisamente yo?

—Porque tienes un buen olfato para estas cosas.

Siempre lo has tenido. Eres una criatura de aspecto inocente, Jane, y, sin embargo, nada te sorprende nunca. Siempre piensas en lo peor.

—Lo peor es tan a menudo la verdad... —murmuró Miss Marple.

—No puedo imaginar por qué tienes una idea tan pobre de los seres humanos... viviendo en un pueblecito tan apacible como el tuyo, de tan viejas y puras costumbres.

—Nunca has vivido en un pueblo, Ruth. Es probable que te sorprendieran las cosas que ocurren en un lugar tan apacible.

—Oh, eso no tiene nada de particular. Lo que digo es que a ti no te sorprenden. Por eso quiero que vayas a Stonygates y averigües qué es lo que no anda bien, ¿lo harás?

—Pero, querida Ruth, eso será muy difícil.

—No, no lo es. Ya lo he pensado. Si no te enfadas conmigo, te diré que ya he preparado el terreno.

Mistress Van Rydock miró inquieta a Jane y encendió un cigarrillo poco antes de empezar a dar explicaciones.

—Tendrás que admitir que después de la guerra las cosas se han puesto difíciles en este país para las personas sin demasiado dinero..., es decir, para personas como tú, Jane.

—Oh, sí, desde luego. De no ser por la amabilidad de mi sobrino Raymond, no sé qué sería de mí.

—No importa tu sobrino —repuso Mistress Van Rydock—. Carrie Louise no sabe nada de él... o si ha

oído hablar de él solo le conoce como escritor y no tiene ni idea de que sea sobrino tuyo. El caso es que le dije a Carrie Louise que las cosas se habían puesto muy feas para ti. Que algunas veces apenas comías lo suficiente y que eras demasiado orgullosa para pedir ayuda a las viejas amigas, por lo que no era prudente ofrecerte dinero, pero sí una temporadita de descanso en los alrededores, con una antigua amiga y buenos alimentos, sin molestias ni preocupaciones. —Ruth hizo una pausa y agregó desafiándola—: Ahora, enfátate si quieres...

Miss Marple abrió sus ojos de azul porcelana mostrando una agradable sorpresa.

—Pero ¿por qué iba a enfadarme contigo, Ruth? Ha sido una idea muy ingeniosa y verosímil. Estoy segura de que Carrie Louise responderá.

—Te he escrito. Encontrarás la carta cuando regreses. La verdad, Jane, ¿no crees que me he tomado una libertad imperdonable? ¿No te importará...?

Vacilaba y fue Jane Marple quien continuó la frase.

—¿... ir a Stonygates invitada por una caridad más o menos fingida? En absoluto, si es preciso. Tú lo crees necesario... y yo también me siento inclinada a creerlo.

Ruth Van Rydock la miró extrañada.

—Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que has oído?

—Nada. Es por tu convicción. Tú no eres una mujer imaginativa, Ruth.

—No, pero no tengo nada en que basarme.

—Recuerdo —dijo pensativa Miss Marple— un domingo por la mañana en misa... Era el segundo domin-

go de Adviento, estaba sentada detrás de Grace Lamble y comencé a preocuparme por ella, completamente convencida de que le ocurría algo... bastante malo... y, sin embargo, no supe decir por qué. Era un sentimiento perturbador y muy definido. Lo sé.

—¿Y le ocurrió algo?

—Oh, sí. Su padre, el viejo almirante, llevaba una temporada muy raro, y al día siguiente se abalanzó sobre ella con un martillo, gritando que era el Anticristo. Casi la mata. Se lo llevaron a un manicomio y ella se repuso después de una larga temporada de tratamiento en un hospital.

—¿Y tú tuviste ese presentimiento aquel día cuando la viste en misa?

—Yo no lo llamaría así. Se fundaba en un hecho, esas cosas suelen ocurrir así, aunque no sabemos reconocerlas a su debido tiempo. Llevaba el sombrero mal puesto. Esto era muy significativo, porque Grace Lamble era una mujer muy metódica, y nada distraída..., y las circunstancias que hicieron que no se diera cuenta de cómo llevaba el sombrero fueron muy importantes. Su padre le había arrojado un pisapapeles de mármol, que no le dio, pero rompió el espejo. Ella cogió el sombrero a toda prisa y se lo puso antes de salir corriendo, para guardar las apariencias delante de los criados. Atribuía estas acciones al «temperamento naval del pobre papá», no se daba cuenta de que el viejo había perdido el juicio, a pesar de que era evidente. Siempre se quejaba de que le espiaban y creía que todos eran sus enemigos... Los síntomas habituales.

Ruth miró a su amiga con respeto.

—Es posible que St. Mary Mead no sea un lugar tan idílico como yo había imaginado —dijo.

—Los seres humanos, querida, son iguales en todas partes. En una ciudad es más difícil observarlos de cerca, eso es todo.

—¿Irás a Stonygates?

—Iré. Tal vez sea un poco ingrata con mi sobrino Raymond, al dejar que crean que no me ayuda. Sin embargo, ahora está en México, donde pasará seis meses. Y en ese tiempo ya habrá terminado todo.

—¿Qué es lo que habrá terminado?

—No aceptaré la invitación de Carrie Louise por tiempo indefinido. Tres semanas, puede que un mes. Será suficiente.

—¿Hasta que averigües lo que anda mal?

—Sí.

—Querida Jane, estás muy segura de ti misma, ¿no?
Miss Marple la miró con cierto reproche.

—Tú lo estás de mí, Ruth. O eso has dado a entender... Solo puedo asegurarte que haré lo posible por justificar tu confianza.